

# INSURGENCIA POPULAR Y REVOLUCIONES SOCIALES (EN TORNO A LA REVOLUCIÓN SANDINISTA)

CARLOS M. VILAS

## Resumen

Este documento plantea de manera bastante general y posiblemente demasiado simplificada un conjunto de cuestiones relativamente complejas sobre la naturaleza, los alcances y las tensiones de las revoluciones sociales en el capitalismo neocolonial y en particular en la revolución sandinista.

En la primera parte se presentan algunos de los rasgos más notables de estas revoluciones: la multiplicidad de cuestiones que fusionan y sintetizan la diversidad de clases, grupos y fracciones que se integran a ellas y la contradicción/articulación entre la pluralidad de estas identidades socioeconómicas, ocupacionales, etcétera, y su unificación político-ideológica en su común condición de *pueblo*.

Luego, estas consideraciones generales se trasladan a la revolución sandinista. Las bases sociales de la revolución en su etapa insurreccional son caracterizadas como masas trabajadoras en sentido amplio más que proletarias en sentido estrecho, con altos componentes de semiproletarización. Esta situación se presenta como una resultante del tipo y nivel de desarrollo capitalista y del modo en que el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) desarrolló su estrategia revolucionaria, al mismo tiempo que el reconocimiento de estos elementos de la realidad social aceleró el avance del Frente hacia la victoria.

La tercera parte sostiene que en lo anterior la revolución sandinista *no es* una excepción sino que se inscribe legítimamente en el modo en que se han desarrollado las grandes revoluciones sociales del siglo XX. Se discute en este sentido —de manera general— el concepto de hegemonía obrera en el campo popular y se lo refiere al carácter de clase del proyecto político más que al peso estadístico de la clase en la estructura social. Se llama la atención sobre la importancia del papel que desempeña en esto la vanguardia, sobre todo en el proceso de reformulación de alianzas y antagonismos que marca el tránsito de la etapa democrático-popular a la etapa de la construcción socialista, como profundización y avance de un mismo proceso revolucionario.

Finalmente, el documento regresa al caso de la revolución popular sandinista para identificar rápidamente algunos aspectos del modo en que este proceso de transición se desenvuelve.

## I

Toda revolución social fusiona y sintetiza una multiplicidad de cuestiones y objetivos. La transformación de la estructura económica y la conformación de un poder político de nuevo tipo implican tareas de naturaleza variada y alcance diverso: el desarrollo de las fuerzas productivas mediante la creación de nuevas relaciones de producción; el desenvolvimiento de un orden democrático abierto a la participación de la población en todas sus instancias y niveles; la garantía efectiva a las libertades personales y colectivas, el desarrollo de nuevos patrones sociales de igualdad, etcétera. En las sociedades neocoloniales las revoluciones sociales plantean asimismo la cuestión de la lucha antimperialista, referida tanto a la liquidación de la dominación externa como a la defensa del nuevo orden social ante los ataques del imperialismo —la *cuestión nacional* en su sentido más elemental de lucha por la soberanía.

No se trata de aspectos separados o independientes unos de otros. La dominación imperialista explica en definitiva el subdesarrollo de las fuerzas productivas, en la medida en que éste es el modo de existencia del tipo de capitalismo efectivamente desarrollado en el Tercer Mundo, como producto de su incorporación subordinada a los procesos de valorización del capital en escala transnacional. Es asimismo el soporte final de una dominación de clase neocolonial, institucionalizada generalmente en formas dictatoriales en las cuales la opresión política y la alienación ideológica de las masas reproducen superestructuralmente su explotación material. Las revoluciones sociales en sociedades neocoloniales son al mismo tiempo revoluciones de liberación nacional, y la lucha por la liberación nacional implica siempre, en alguna medida, una transformación social y económica y un cuestionamiento de la dominación de clase existente. Democracia, justicia social y liberación nacional marchan generalmente de la mano en las revoluciones de nuestro tiempo.

Por este motivo, las revoluciones sociales en las sociedades neocoloniales convocan siempre a un amplio espectro de las fuerzas sociales: el proletariado, el campesinado, los pobres de la ciudad y del campo, los habitantes de los tugurios urbanos, el movimiento estudiantil, los intelectuales de la pequeña burguesía e incluso algunos

elementos de la burguesía local antagonizados por la subordinación nacional o por el carácter dictatorial del poder político.

En estas sociedades, en efecto, la dominación política suele asumir la forma de una dictadura abierta: no sólo en el sentido general de representar los intereses de las clases dominantes —vale decir, en cuanto el Estado capitalista es, conceptualmente, la dictadura política del capital— sino asimismo en el sentido estrecho en que se desenvuelve su ejercicio: violación de las libertades públicas y los derechos humanos, proscripción de las organizaciones populares, represión, etcétera. En otras palabras, el Estado se presenta generalmente *como lo que es*. Es claro que no toda sociedad neocolonial genera *siempre* este tipo de sistema político —como hace algunos años planteaban algunos observadores acerca de un *estado de emergencia permanente* en América Latina— pero las revoluciones sociales en sociedades neocoloniales se han dirigido siempre contra sistemas políticos abiertamente dictatoriales.

Por otro lado, la gravitación del componente de liberación nacional varía de acuerdo con la solidez del enraizamiento interno de la estructura de dominación social; en consecuencia, de acuerdo con el grado de mediación ejercida por las clases dominantes locales respecto del sistema capitalista internacional. En América Latina existe un contraste marcado entre la situación en América Central —cuyas estructuras de poder local presentan una subordinación fuerte, incluso en términos político-militares, respecto de Estados Unidos— y la situación en América del Sur, cuyas clases dominantes cuentan con una autonomía relativa mayor respecto de los determinantes externos y donde los elementos de *asociación* —incluso de *contradicción*— suelen ser tan fuertes como los de subordinación. En el primer caso, la sólida ligazón de la estructura de poder local con el exterior tiende a separarla de sus bases internas y plantea con fuertes rasgos el carácter antimperialista y policlasista de la lucha contra el poder establecido. En el segundo, el enraizamiento en definitiva interno de la estructura de poder, su autonomía relativa respecto del sector externo, explican con mayor fuerza el carácter clasista de la revolución.

Las fuerzas que estas revoluciones convocan y movilizan se encuentran ubicadas en situaciones diferentes en términos de las relaciones de producción —clase obrera, campesinado, elementos nacionalistas o patrióticos de la burguesía, etcétera— e incluso se identifican por criterios ajenos a la esfera de la producción. Su identidad puede derivarse, en efecto, de su inserción en relaciones de *circulación* —el pequeño comercio, los vendedores ambulantes, por ejemplo, que suman decenas de miles en los países de América Central—; la *reproducción* —los movimientos de pobladores de barrios precarios, las organizacio-

nes de padres de familia, los prestadores de servicios o cuasieservicios personales, etcétera—; las *prácticas ideológicas* —intelectuales, grupos religiosos y el movimiento estudiantil, entre otros.

Esta heterogeneidad socioeconómica, producto en definitiva del modo en que el capitalismo subordina a las formas precedentes de producción al mismo tiempo que las articula a su dominación, se unifica políticamente en su carácter de *pueblo-nación*. Éste es ante todo un concepto político-ideológico, más que socioeconómico. Dice relación con la incorporación efectiva a la lucha contra el poder opresor, la injusticia social, la explotación y la dominación extranjera, más que con la pertenencia de clase en términos objetivos. La incorporación a la lucha ubica a estos sectores en el campo nacional-popular; su enfrentamiento a ella los excluye.

Pero al mismo tiempo es un concepto que tiene un referente de clase. *En primer lugar*, porque el alcance, la profundidad y la estrategia de la lucha popular revolucionaria dependen en fin de cuentas de la clase que hegemoniza el bloque popular-nacional y que lo unifica en torno a su conducción política. Todos los integrantes del bloque popular-nacional se oponen a la dominación imperialista y se enfrentan al poder dictatorial, pero no todos lo hacen del mismo modo, con los mismos alcances, o por las mismas contradicciones. En la práctica esto se reflejará en el proyecto político de la organización u organizaciones que impulsa la lucha revolucionaria. Proletariado, campesinado y pequeña burguesía urbana son otros tantos ejes de aglutinación del bloque popular-nacional en diferentes revoluciones sociales y de liberación nacional en el Tercer Mundo. *En segundo lugar*, porque la dominación imperialista en las sociedades neocoloniales se ejerce por medio de las clases dominantes locales asociadas a ellas y del Estado, que sintetiza políticamente esa dominación subordinada. Implica por lo tanto un enfrentamiento a una dominación de clase: los dueños de la economía, el poder y la cultura.

La gravitación de este doble juego de elementos político-ideológicos y estructurales hace que la caracterización del *pueblo* sea histórica, vale decir, subordinada al desenvolvimiento de la lucha política de clases y a la posición que las distintas fuerzas adoptan en ella. En este sentido puede decirse que si bien existe una *clase en sí* y una *clase para sí* (Marx, 1982), el pueblo es siempre *pueblo para sí*.

La constitución del sujeto popular como proceso político-ideológico que tiene una determinación estructural de clase pero que no se reduce a ella, llama la atención sobre la cuestión de la subordinación de las masas trabajadoras no proletarizadas —o no plenamente proletarizadas— a las clases fundamentales de la estructura capitalista y su incorporación al campo popular. Hace algunos años, Laclau señaló la

fuerte incidencia en estas masas no proletarias de elementos y consideraciones ideológicas en la definición de su posición política. El modo en que se lleva a cabo su inserción en la sociedad —su subordinación respecto de las clases fundamentales del modo de producción capitalista— da una tonalidad “difusa” a sus intereses materiales y favorece una tendencia a vivir las condiciones materiales de existencia como un puro proceso ideológico (Laclau, 1978). Si, como Gramsci plantea, los hombres toman conciencia de los conflictos de la estructura en el terreno de las ideologías (Gramsci, 1977), cuanto más determinante es este tipo de grupos y fracciones en una formación social, más determinante será el papel de la lucha política y de las prácticas ideológicas en el desenvolvimiento de la formación social en su conjunto. De ahí la enorme importancia de las interpelaciones democráticas, patrióticas, religiosas y en general de lo ideológico en la determinación de las definiciones y alineamientos de estas masas populares en su constitución como sujetos de acción política.

Varias denominaciones de la izquierda latinoamericana descalificaron durante décadas el potencial disruptivo de estas fracciones y grupos tildándolos de “reformistas”, “populistas”, “pequeñoburgueses”, y proyectando similar desprecio hacia las organizaciones que dirigían sus esfuerzos a sumar a estos sectores a un proyecto revolucionario. Esta actitud estrecha aisló a sus portadores de las mayorías populares sin mejorar su capacidad de inserción en el proletariado. Además, la atribución apriorística de características revolucionarias a la clase obrera de la región —producto en el mejor de los casos de un reduccionismo economista— dejó de lado la evidencia de que, en muchos países, éstas estaban todavía por forjarse (cf. sobre esto la aguda crítica del Partido Comunista de El Salvador, 1980: 41-42). Al contrario, otros sectores renegaron del potencial revolucionario del proletariado latinoamericano —por su alienación en beneficio de movimientos “populistas”, por su dimensión reducida en la estructura social, por su carácter “privilegiado”, etcétera— y señalaron en cambio la alta capacidad de antagonismo social del campesinado, el movimiento estudiantil, el artesanado, las masas trabajadoras no proletarizadas en general. La naturaleza “privilegiada” del proletariado urbano latinoamericano, o de los enclaves mineros, comprometería a la clase con el orden establecido y la convertiría en beneficiaria subordinada de la explotación de las masas rurales y de los pobres de la ciudad.

El triunfo de la revolución popular sandinista llamó la atención sobre la amplitud y la intensidad de la participación de las masas urbanas semiproletarizadas en la estrategia insurreccional del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y colocó en nuevos térmi-

nos la cuestión de su incorporación a la lucha revolucionaria. Primero la discusión de los factores que habían hecho posible la integración de estos grupos y fracciones a la revolución. Luego, el carácter de esa lucha, las contradicciones que la nutrían y la articulación que se desarrolló entre las masas insurrectas y la vanguardia político-militar. En tercer lugar, la cuestión de la hegemonía en el campo popular y en particular la capacidad para generarse una hegemonía obrera y un proyecto socialista a partir de este complejo y polifacético conjunto de fuerzas. Finalmente, el sentido, los alcances y las tensiones de las transformaciones socioeconómicas impulsadas por un bloque de fuerzas revolucionarias de esta naturaleza.

Los límites de esta presentación no nos permiten desarrollar un tratamiento detallado de cada una de estas cuestiones. De todos modos algunas de ellas ya han sido abordadas en trabajos anteriores del autor, a los que habrá que hacer referencia en varios momentos de esta exposición. En lo que sigue nos concentraremos por lo tanto en algunos aspectos de esa temática tan amplia. En la próxima sección resumiremos algunos resultados de nuestra investigación sobre el sujeto social de la insurrección popular sandinista —vale decir, los determinantes socioeconómicos, demográficos, psicosociales, etcétera de los participantes efectivos en la lucha contra la dictadura. Esta presentación y la breve discusión que le sigue acerca de otros procesos revolucionarios nos permitirá sostener que, en este aspecto, la revolución sandinista no es una excepción a una supuesta norma, sino que, al contrario, se inscribe legítimamente en la corriente predominante de las revoluciones sociales de nuestro tiempo en sociedades capitalistas atrasadas y neocoloniales.

## II

El estudio del origen social y la pertenencia de clase de los combatientes en los tramos finales de la revolución popular sandinista revela la participación mayoritaria del estudiantado y de los trabajadores no proletarizados (Vilas, 1983b). Evidentemente no es adecuado reducir dos décadas de lucha revolucionaria a sus dos últimos años. Pero la trayectoria precedente del FSLN señala la atención prioritaria que se asignó durante la década de los años sesenta hasta bien entrada la de los setenta al movimiento estudiantil y al campesinado. El estudiantado generó la gran mayoría de los cuadros directivos y medios del FSLN y constituyó el fermento revolucionario de las masas trabajadoras. El campesinado fue el ámbito primero de la actividad

estratégica del Frente, el *agua* en la cual durante muchos años las escuadras sandinistas se movieron como *peces*. En una sociedad agraria, atrasada y dependiente como la nicaragüense de los años sesenta, el campesinado pobre, semiproletarizado, expulsado de sus tierras por el capitalismo agroindustrial, fue caracterizado como la clase no sólo mayoritaria, sino de la cual habría de emerger la ruptura revolucionaria del orden establecido.

Las ciudades funcionaron en este período sobre todo como apoyo logístico de la montaña; los intentos de crear una resistencia urbana estuvieron sometidos siempre a la represión brutal de la Guardia Nacional. Pero también aquí fue el movimiento estudiantil el que suministró la mayoría de los cuadros y los dirigentes. La atención a la organización revolucionaria del proletariado data de mediados de los años setenta y fue tarea fundamentalmente de una de las fracciones en que se dividió el FSLN por esas fechas. Sin embargo, la convocatoria sandinista fue mucho más efectiva en los trabajadores, proletarios y semiproletarios de la agroexportación.

El cuadro que se presenta a continuación ofrece el perfil ocupacional de una muestra de combatientes sandinistas en los tramos finales de la lucha contra el somocismo. El predominio de los estudiantes es evidente. Si a ellos se agrega lo que el cuadro llama *gentes de oficio*, se supera el 50% de los participantes en la lucha. Señalemos asimismo que dos tercios de los estudiantes y tres cuartos de todos los combatientes son hijos de estas gentes de oficio, pequeños empresarios y comerciantes, o bien de campesinos y agricultores (*ibid.*, cuadro 8).

El personaje central de la insurrección resulta ser así, directa o indirectamente —es decir, los combatientes mismos o sus familias de origen— estos trabajadores no asalariados, de fuerte contenido artesanal, progresivamente empobrecidos y desplazados de su posición en el mercado por el avance del capitalismo local y transnacional: grandes empresas de construcción, filiales extranjeras de las industrias del calzado y la alimentación, empresas de servicios, banca internacional, cadenas de supermercados, etcétera.

Los asalariados representan un tercio de los combatientes; la mitad de ellos eran obreros. El proletariado no fue, pues, un participante determinante en la insurrección popular. Sin embargo no debería exagerarse el carácter reducido de su integración a la lucha, ya que hacia esta misma época la participación de obreros y jornaleros en la estructura ocupacional urbana era de alrededor de 20%, mientras que las gentes de oficio sumaban casi la mitad de la fuerza de trabajo. Aunque nuestra información no es concluyente, abona sin embargo la hipótesis de que la participación obrera tuvo lugar sobre todo entre los trabajadores agrícolas, principalmente en la agroexportación. Es

CUADRO 1

PERFIL OCUPACIONAL DE LOS PARTICIPANTES  
EN LA INSURRECCIÓN SANDINISTA

<i>Ocupación</i>	<i>Porcentaje</i>
Estudiantes	29.0
Gentes de oficio (Artesanos, talleristas, comideras, planchadoras, transportistas, mecánicos, carpinteros, hojalate- ros, colchoneros, zapateros, fon- taneros, reparadores, etcétera).	22.0
Obreros y jornaleros	16.0
Empleados y oficinistas	16.0
Técnicos, profesionales, maestros, profesores	7.0
Pequeños comerciantes, buhoneros	5.0
Campesinos, agricultores	4.5*
Otros	0.5
<i>Total</i>	<i>100.0</i> (n=542)

\* El carácter *urbano* de la insurrección popular explica esta bajísima participación de este sector.

FUENTE: Vilas (1983b).

decir, la convocatoria insurreccional habría tenido acogida sobre todo en los obreros de los segmentos más desarrollados del capitalismo dependiente, pero signados asimismo por una fuerte estacionalidad ocupacional y de semiproletarización.

La magnitud del compromiso obrero en la lucha revolucionaria y las fracciones del proletariado que más ampliamente lo hicieron están relacionadas con el peso de la clase obrera en la estructura social nicaragüense y con las modalidades de desarrollo del proceso de proletarización en la agroexportación. Pero tienen mucho que ver asimismo con la historia política de la clase obrera nicaragüense y con el modo en que el FSLN dirigió hacia ella su llamado revolucionario. La conquista de un espacio mínimo de legalidad para la acción sindical y para la existencia de un partido de vocación obrera y orientación socialista estuvo ligado a una coyuntura de cuestionamiento de la dic-



tadura somocista en la segunda posguerra, por grupos beligerantes de la oposición burguesa. Si el fundador de la dinastía pudo capear el temporal de las movilizaciones democráticas burguesas y pequeño-burguesas de fines de los años cuarenta en circunstancias en que sus pares de Honduras, Guatemala y El Salvador sucumbían ante ellas, se debió en no poca medida a su habilidad para alcanzar una alianza implícita con el partido socialista, recién creado, y con el incipiente movimiento sindical. A cambio de la satisfacción de algunas demandas de categorías largamente reivindicadas por el movimiento sindical y de la aceptación de la legalidad del partido socialista, el viejo Somoza consiguió separar a la clase trabajadora de la oposición democrática que, de hecho, contrastaba en su primitivismo y antiobrerismo con la apertura reformista de la dictadura (cf. sobre esto G. Gutiérrez, 1978; A. Chamorro, 1983).

El romance duró poco; exactamente hasta que en 1950 el “pacto de los generales” entre el dictador y Emiliano Chamorro, líder del conservadurismo, sellaron la nueva alianza y la supremacía en ella del somocismo, con la explícita invocación de la necesidad de enfrentarse a la amenaza comunista (cf. E. Chamorro, 1983). Sin embargo, esta coyuntura tuvo la suficiente fuerza como para descompaginar el planteamiento de la cuestión de la democracia y la lucha antidictatorial —sobre todo, la lucha *revolucionaria*— tanto por el partido socialista como, posteriormente, por la fracción que se escindió de él en 1970 con el nombre de Partido Comunista de Nicaragua. Lo mismo que a otras organizaciones de cuño similar en América Latina, el rechazo a la lucha revolucionaria y a la búsqueda de nuevos caminos la llevó a enfrentamientos numerosos de índole e intensidad diversa con el FSLN.<sup>1</sup> Más aún, el partido socialista habría de convertirse en una organización de tránsito de los jóvenes que, ante el repudio partidario a formas nuevas de lucha revolucionaria contra la dictadura, derivarían antes o después hacia el FSLN.<sup>2</sup> Esta situación se reproduciría, posteriormente, con la aparición del socialcristianismo como tendencia política y como práctica sindical.

En unos y otros casos, el discurso y la práctica de estas organizaciones políticas y sindicales escindían tajantemente la crítica al sistema socioeconómico del cuestionamiento de la dictadura; la crítica al capitalismo tenía poco que ver con la cuestión de la dictadura. Al-

<sup>1</sup> Cf. por ejemplo los testimonios de los comandantes de la revolución B. Arce (1980) y C. Núñez (1980), del comandante guerrillero O. Cabezas (1982) y de la militante G. Báez (1980: 228).

<sup>2</sup> Debe señalarse en este sentido que varios de los fundadores del FSLN iniciaron su militancia política en el Partido Socialista de Nicaragua: Carlos Fonseca Amador, Tomás Borge, etcétera.

gunos estudios efectuados en la época permiten apreciar, a pesar de su alcance limitado, el desarrollo de una profunda fractura entre el modo en que las dirigencias de estas organizaciones veían las cosas y la forma en que las encaraban sus propias bases. La investigación de Mayra Pasos (1977) es particularmente reveladora en este sentido. La comparación del modo en que la conciencia de clase se desarrolla en un grupo de dirigentes sindicales industriales, con la forma en que toma cuerpo en los obreros de base, indica la existencia de un amplio desfase entre uno y otra.

Aunque las bases aparecen con una óptica mucho más reivindicacionista que los dirigentes —en la medida en que conciben a la organización sindical sobre todo como instrumento para alcanzar mejoras salariales, ocupacionales, educativas y similares— la politización de la dirigencia resulta más abstracta, menos ligada a los datos de la sociedad real. Todos los dirigentes contestaron, por ejemplo, que su objetivo era vivir “en una sociedad sin diferencias de clase”, frente a sólo 11% de los obreros; asimismo 50% de los dirigentes señaló al sistema capitalista como responsable de la mala situación de los trabajadores, frente a sólo 3% de las bases. Pero 39% de los obreros respondió que para alcanzar una sociedad mejor era necesario cambiar al gobierno, frente a apenas 17% de los dirigentes. Además, el 59% de los obreros contestó que los ricos tienen mucho dinero “porque explotan a los pobres” y otro 18% “porque han robado” —es decir 77% en conjunto—, mientras que entre los dirigentes ambas respuestas sumaron solamente 25%; pero otro 33% de los dirigentes contestó que los ricos deben su riqueza a que “son trabajadores”.

La posición anticapitalista —por darle un nombre— de estos dirigentes resulta así bastante peculiar y contradictoria. Su identificación del capitalismo como causa de la mala situación obrera es abstracta y no implica el reconocimiento de la existencia de la explotación; no hay una relación entre aquella identificación y la explotación del trabajo obrero como base de la acumulación capitalista y no se reconoce tampoco un papel significativo del Estado en este modo de organización de la sociedad. Por el contrario, las respuestas de los trabajadores de base revelan una conciencia relativamente clara del carácter expoliador del capital, de la explotación de los trabajadores como causa de la acumulación de la burguesía y del papel que desempeña el Estado dictatorial en este sistema.

Finalmente, a la pregunta “¿Qué partido cree que va a ganar popularidad entre el pueblo en los próximos años?”, 37% de los obreros contestó “FSLN”, convirtiéndolo en la primera opción, mientras que la mitad de los dirigentes planteó la necesidad de crear un partido clasista, “de los trabajadores”, y ninguno mencionó al Frente.

La cuestión de la dictadura y de la explotación social resultan in-existentes en el orbe ideológico de estos dirigentes, o en todo caso se hallan diluidas en una aproximación abstracta a la sociedad nicara-güense; al contrario, una y otra constituyen una referencia importan-te en el modo de pensar de los obreros. Más aún, el FSLN carecía de futuro político para los dirigentes, pero era la organización en que un tercio de las bases confiaba —sin embargo, esta misma cifra indica la inexistencia de una acogida mayoritaria del Frente entre estos tra-bajadores industriales.<sup>3</sup> En todo caso, la incapacidad de dirigencias de este tipo para vincularse al modo de pensar y de ver las cosas por sus propias bases terminó por aislarlas de ellas, pero en la medida en que la conducción de las organizaciones estaba efectivamente en sus ma-nos, este desfase dificultó el arraigo amplio de la convocatoria sandi-nista en el proletariado industrial.

A causa de este rechazo de las dirigencias establecidas, el trabajo político del FSLN en el medio obrero se llevó a cabo sobre todo fuera de los centros de producción. Los barrios, más que las fábricas, fue-ron el ámbito para el reclutamiento obrero.<sup>4</sup> En esto el FSLN ocupó un espacio que estaba vacante en la acción de la izquierda convencio-nal y de los partidos tradicionales. La investigación de Reinaldo Téfel sobre las barriadas *marginales* de Managua destacó la falta casi absolu-ta de atención política de estos sectores, salvo los momentos preelec-torales, la ausencia de organizaciones comunales, de clubes juveniles y similares (Téfel, 1978). El FSLN ocupó casi con exclusividad este territorio y centró en él una parte importante de su trabajo urbano, sobre todo después del terremoto de Managua (diciembre de 1972). Al hacerlo y al adjudicar a la cuestión de la lucha contra la dictadura el papel principal en la convocatoria revolucionaria, el FSLN supo sin-tetizar en su propuesta política las reivindicaciones de amplios secto-res de las masas trabajadoras con un horizonte de transformaciones sociales profundas: las demandas de los obreros, las reivindicaciones del movimiento estudiantil, las inquietudes de la juventud, la lucha de las mujeres, etcétera. Asimismo, la creciente vinculación, después del terremoto, con las corrientes renovadoras del cristianismo, ampliaría

<sup>3</sup> No hay que descartar sin embargo que las respuestas a esta pregunta hayan estado particularmente condicionadas por el contexto político en que se llevó a cabo la investigación; es plausible imaginar que la manifestación de una preferen-cia por el FSLN implicaba serios riesgos.

<sup>4</sup> Una cuestión poco desarrollada en la literatura sobre la clase obrera latino-americana es la articulación de las reivindicaciones de clase con las movilizacio-nes populares más amplias, los movimientos barriales, etcétera. Cf. al respecto el excelente estudio de A. Quintero (1978) sobre la formación del proletariado en Puerto Rico; también Santos y Herrera (1979: 101-109).

el ámbito de la convocatoria sandinista en la juventud y en sectores de la burguesía (cf. IHCA, 1979).

El FSLN presentó entonces la contradicción democracia-dictadura como el aspecto principal de la lucha revolucionaria. Con ello receptaba el modo en que las masas nicaragüenses y amplios sectores de las capas medias vivían sus condiciones materiales de existencia. Pero al mismo tiempo el desarrollo de la lucha sandinista permitió descodificar esa contradicción en términos de *sandinismo vs. dictadura*, ligando en consecuencia la lucha contra el somocismo a un proyecto revolucionario de mayores alcances.

La estrategia sandinista se apoyó en un reconocimiento realista de la estructura de clases generada por el capitalismo neocolonial en Nicaragua:

Nosotros nos encontramos aquí con un campesinado que era un campesinado pobrísimo, con un proletariado que era semiproletario, clases no completamente acabadas, con una burguesía que no estaba tampoco acabada. Nos encontramos con un sistema capitalista inacabado, desigual, mal conformado [...] (comandante de la revolución J. Wheelock, 1983: 33).

Este carácter *inacabado* del capitalismo nicaragüense es el efecto de unas relaciones capitalistas de producción que subordinan a las formas previas de producción pero no las desplazan ni las superan. Las formas modernas de producción no están *todavía* suficientemente desarrolladas, pero las formas tradicionales *ya* no aseguran la reproducción de la fuerza de trabajo. Tanto más en un capitalismo agrario como el nicaragüense, más desarrollado en la esfera de la circulación que en la de la producción (Vilas, 1983a; Baumeister, 1984).

En estas condiciones, el contenido conflictivo de las relaciones sociales se exagera. La *inestabilidad* en las condiciones de vida de las masas se acentúa además por la propia inestabilidad de la vida económica y política del país: estacionalidad de la actividad agropecuaria y de sus picos de empleo, catástrofes naturales, migraciones, despojos, represión, etcétera.<sup>5</sup> Semiproletarios sin tierra para sobrevivir, ni trabajo estable en las ciudades; artesanos empobrecidos; jóvenes sin futuro; obreros atrapados entre la presión de la masa de desempleo, la

<sup>5</sup> La marcada inestabilidad ocupacional y de ingresos de las masas trabajadoras nicaragüenses se advierte claramente en los participantes en la insurrección y en sus familias. Un combatiente fue, en el lapso de no más de tres años, repartidor de pan, joyero, obrero estacional en las empresas bananeras, cartero. Otro fue carpintero, albañil, trabajador agrícola estacional, zapatero. La madre de un combatiente "alquila revistas e inyecta". Otro combatiente fue ebanista, obrero fabril, albañil, mueblero, dueño de un pequeño taller. Y así muchos otros casos más: cf. Vilas (1983b).

explotación patronal y los salarios miserables; familias en descomposición; gente hacinada en tugurios; profesionales con mucha educación y pocos clientes, y deudas abrumadoras. Más que los ingresos bajos o la pobreza absoluta, lo que caracteriza la condición social de las masas trabajadoras nicaragüenses en las postrimerías de la dictadura es esta falta de perspectivas, el no tener un lugar bajo el Sol.

Esto se ve claramente en la abrumadora juventud de los insurrectos. El 30% era menor de 20 años y el 72% no había cumplido 25. El 71% tenía al morir entre 15 y 24 años, una proporción casi tres veces más alta que el peso de ese mismo grupo de edad en la pirámide demográfica (20%). Que tantos jóvenes estén dispuestos a morir por otro futuro, es la mayor evidencia de que el presente no les ofrece futuro alguno. Jóvenes trabajadores y estudiantes que deambulan de una actividad a otra, sin perspectivas de mejoramiento sustancial, amenazados por la represión, enfrentados a un horizonte que reproduce *ad infinitum* esa falta de horizonte.

Gente que todavía tiene algo más que sus cadenas por perder, apriada entre un capitalismo que no acaba de proletarizarla ni la incorpora a formas modernas de producción y reproducción, y una economía tradicional que tampoco provee a su reproducción.<sup>6</sup> La materia prima de la revolución popular sandinista y sobre todo de la insurrección final, no es sustancialmente diferente de las masas trabajadoras que protagonizaron los alzamientos populares contra el desarrollo del capitalismo industrial en la Europa de fines del siglo XVIII y principios del XIX (cf., por ejemplo, Thompson, 1979). Conviene evitar sin embargo comparaciones fáciles pero ficticias. Estas masas populares urbanas de Nicaragua en el último tercio del siglo XX y sus movimientos insurreccionales, no son hijos del pasado sino de las modalidades más avanzadas de la penetración del capital agroindustrial en la periferia del capitalismo mundial.

En menos de una generación el capitalismo agroindustrial alteró drásticamente las condiciones de vida de las masas y el perfil económico del país. El auge algodónero y ganadero generó nuevos y agudos desequilibrios espaciales y redujo la producción de alimentos; expulsó a los campesinos de sus tierras y los forzó a desplazarse hacia zonas de frontera, de mala calidad, o hacia los centros urbanos. En éstos, la falta de empleo productivo derivó hacia un inmenso y creciente sector de servicios personales las nuevas capas de población

<sup>6</sup> Esta situación de equilibrio contradictorio provocado por obstáculos al desarrollo del capitalismo, sobre todo en el campo, ha sido señalada por Moore (1966) como una de las bases materiales de las revoluciones agrarias. Más recientemente, Dierckxsens (1981) retoma la idea y la desarrolla en términos marxistas, aunque incurriendo en un marcado reduccionismo economicista y estadístico.

urbana y urbanizada. Las industrias desarrolladas en el marco del esquema de integración regional generaron escaso empleo, pero las filiales de las corporaciones transnacionales del calzado y la alimentación rápidamente desplazaron a la producción artesanal, empobreciéndola sin acabar de proletarizarla ni alcanzar a asalariarla; las cadenas de supermercados le quitaron la clientela al pequeño comercio. El terremoto de Managua dejó sin casa ni pertenencias —literalmente en la calle— a decenas de miles de personas; miles de pequeños talleres y comercios desaparecieron de la noche a la mañana.

En la cúspide de este sistema, un Estado dictatorial, producto directo de la dominación militar imperialista, reproducía la explotación social y el empobrecimiento de las masas, estimulando su expansión y expresándola como dominación de clase. La inseguridad material de la gente tenía como complemento la arbitrariedad de la represión.

El alto potencial revulsivo del semiproletariado latinoamericano, su *disponibilidad* —para usar el viejo vocablo “germaniano”— a las movilizaciones políticas y al cuestionamiento del orden establecido, son conocidos. Desde el “bogotazo” de 1948 hasta la insurrección sandinista de 1978-1979, pasando por la “guerra de abril” dominicana de 1965 y los “cordobazos” y “rosariazos” argentinos de 1969-1971, los estallidos de la ira popular pusieron en evidencia la masividad y la virulencia que estas experiencias pueden alcanzar. Lo que diferencia la insurrección sandinista de los otros casos es la articulación de la insurgencia de masas con el papel directivo de una organización revolucionaria que al darle continuidad a la acción directa popular, elevar su nivel organizativo y su eficacia operativa y condensar las mil contradicciones que nutrían la protesta de las masas en un proyecto orgánico, ratificó su condición de vanguardia y condujo al pueblo al triunfo. Mientras que en las otras experiencias latinoamericanas la espontaneidad insurreccional precedió a la organización, en Nicaragua dos décadas de lucha organizada canalizaron el dinamismo de las masas hacia la insurrección victoriosa.<sup>7</sup>

### III

La composición social del capitalismo nicaragüense y el perfil sociológico de la insurrección final no bastan para constituir a la revolu-

<sup>7</sup> El texto presenta sin duda una simplificación de un proceso bien complejo. Cf. Vilas (1984a) para una presentación de la conjugación entre espontaneidad y organización en la insurrección popular sandinista.

ción sandinista, con su bajo componente de proletarización, en una excepción en el panorama internacional de las revoluciones sociales en el capitalismo atrasado y neocolonial. Tanto Rusia como China eran sociedades campesinas cuando las revoluciones socialistas triunfaron en ellas. Incluso en la Alemania de los años veinte el proletariado constituía menos de un tercio de la fuerza de trabajo, pero a nadie se le ha ocurrido imputar la derrota espartaquista a esta baja representación estadística. En ninguna sociedad capitalista —ni siquiera en las más desarrolladas— el proletariado es la mayoría de la población, independientemente de la amplitud que pueda tener la población asalariada (véase cuadro 2).

El proletariado no necesita ni puede esperar a *ser mayoría* para que sus revoluciones triunfen, pero para triunfar necesita *ganarse a la mayoría*: la negación del capitalismo por la clase obrera no puede desarrollarse al margen de las contradicciones protagonizadas por el conjunto del pueblo. Por eso la cuestión de la alianza obrero-campesina ocupa un espacio tan importante en las revoluciones del siglo XX, del mismo modo que la cuestión de la pequeña burguesía nacionalista y la “tercera fuerza social” han recibido tanta atención de las revoluciones en sociedades neocoloniales.<sup>8</sup> Algo similar podría agregarse respecto de la problemática de la juventud, las minorías étnicas, las mujeres, los pueblos aborígenes y en general todos los grupos que no son clases, pero cuyas contradicciones con el orden establecido sólo pueden ser tratadas políticamente desde una perspectiva de clase.

Lo innovador, en todo caso, es la convocatoria explícita a este conjunto polifacético de clases, fuerzas, grupos y sectores para liquidar la explotación social, la opresión política, el atraso económico, la alienación ideológica, la dependencia neocolonial, y cambiar la realidad:

Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre. [...] Nosotros llamamos pueblo, si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo [...] a los quinientos mil obreros del campo [...] a los

<sup>8</sup> Cf. por ejemplo Fanon (1964); Cabral (1975); O. Núñez (1980); Babu (1981). Cruz Díaz (1982) presenta testimonios reveladores de la participación de las masas pequeñoburguesas semiproletarizadas en las primeras etapas de la Revolución cubana.

CUADRO 2

COMPOSICIÓN DE LA PEA EN ALGUNOS PAÍSES  
CAPITALISTAS DESARROLLADOS  
(En porcentaje del total)

<i>País</i>	<i>Obreros no agrícolas</i>	<i>Total de asalariados</i>	<i>PEA total (miles)</i>
Canadá (1982)	39.4	83.6	11 665
Estados Unidos (1981)	31.5	90.5	110 812
Holanda (1979)	30.0	84.3	5 213
Japón (1980)	34.0	69.5	57 231
Noruega (1981)	32.8	84.3	1 971
República Federal Alemana (1981)	35.8	86.9	26 936
Suecia (1981)	30.5	89.8	4 332

FUENTE: OIT (1982).

cuatrocientos mil obreros industriales y braceros [...] a los cien mil agricultores pequeños [...] a los treinta mil maestros y profesores [...] a los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas [...] a los diez mil profesionales jóvenes [...] Éste es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo el coraje! (F. Castro, 1981:36-37).

El gobierno Democrático Revolucionario [...] se apoyará en una amplia base social y política formada en primer lugar, por la clase obrera, el campesinado y las capas medias avanzadas; íntimamente unidas a ellas, estarán todas las capas sociales dispuestas a llevar adelante esta Plataforma; pequeños y medianos empresarios industriales, comerciantes, artesanales, agropecuarios [...] los profesionales honestos, el clero progresista, partidos democráticos [...] los oficiales dignos y honestos del Ejército que estén dispuestos a servir los intereses del Pueblo, y cualquier otro sector, grupo, personalidades o segmentos que aboguen por la amplia democracia para las masas populares, por el desarrollo independiente, por la liberación popular (CDR, 1980).

[...] organizaciones obreras, campesinas, populares, que por primera vez en la historia de la nación nicaragüense, tienen voz, tienen voto y son fuente de decisión en la conducción de este Estado de obreros, de campesinos, de soldados, de artesanos, de intelectuales y profesionales, de jóvenes, de mujeres, de niños,



de nicaragüenses patrióticos que tienen puesta toda su fe, sus energías y sus esperanzas en la construcción de esta nueva sociedad (comandante de la revolución D. Ortega, 1984).

La subordinación de estos grupos y fracciones intermedias, étnicos, profesionales, etcétera, respecto de las clases fundamentales del capitalismo, su ambigüedad ideológica, explican que, de acuerdo con la coyuntura, puedan oscilar hacia uno u otro polo de la contradicción fundamental. En la Alemania de la primera posguerra, las masas urbanas semiproletarizadas de cuya espontaneidad tanto esperaba Rosa Luxemburgo abonaron más bien el ascenso victorioso del nazismo. En El Salvador, algunos investigadores han señalado la identidad de las bases sociales de organizaciones tan antagónicas como FECCAS y ORDEN (Cabarrús, 1983; Samaniego, 1980). En Nicaragua, tanto el FSLN como la contrarrevolución se disputan el apoyo de las masas cristianas pequeñoburguesas y de las minorías étnicas —con desigual fortuna en uno y otro caso. Los ejemplos podrían sucederse.

La revolución se hace con lo que se tiene y en América Central, como en la mayor parte del Tercer Mundo, se tiene más de estos sectores de masas trabajadoras que de proletariado en sentido estrecho. Lo significativo por lo tanto no es la participación en sí misma de estas fuerzas “intermedias”, sino el carácter del proyecto político de clase al que dicha participación se incorpora. Y en esto la dimensión física del proletariado es de importancia secundaria.

La hegemonía de la clase obrera en el campo popular no debería entenderse como predominio estadístico del proletariado, sino sobre todo como conducción del proceso revolucionario por un proyecto de clase. Este carácter del proyecto revolucionario no depende del perfil sociológico de las tropas que se lanzan al asalto del poder sino del diseño que preside la construcción de la sociedad nueva y el modo en que éste se ejecuta. La articulación entre aquél y ésta señala el camino de la transición de lo democrático-popular a lo proletario, de la liberación nacional a la emancipación social, el pasaje dentro de la revolución de la hegemonía de las fuerzas populares en la lucha antidictatorial y antimperialista a la hegemonía obrera en el campo popular. Aquélla se construye en el marco del *ancien régime*, determina el modo en que el Estado que lo sintetiza y reproduce es destruido y el carácter de la etapa que se abre con esa destrucción. La segunda se configura dentro del campo popular y apunta al horizonte histórico de la construcción revolucionaria (Vilas, 1983b).

No obstante, es evidente que el peso social de las distintas fuerzas que componen el campo popular incide en el costo político de la implementación del proyecto clasista de la revolución y por lo tanto en su ritmo de desarrollo. En el análisis y la discusión de estas cues-

tiones es necesario, en consecuencia, evitar caer en un enfoque inmediatista que absolutice la coyuntura y se cierre a las fuerzas innovadoras y dinámicas que toda revolución social despliega.

El avance del proceso revolucionario introduce un intenso dinamismo en el alineamiento político de las fuerzas intervinientes. Los aliados de ayer pueden convertirse en los adversarios de hoy; elementos que tuvieron una participación secundaria en la etapa insurreccional pueden asumir un papel estratégico en la transformación económica. El desarrollo de la revolución sandinista ha alterado sensiblemente la correlación de las fuerzas sociales existente en 1979. Grupos importantes de la burguesía antisomocista, que se sumaron en el último momento a la estrategia sandinista, abandonaron tempranamente la alianza democrático-popular. Elementos de izquierda radical que inicialmente cuestionaron la estrategia sandinista de alianzas amplias, se han integrado al FSLN. La lucha de clases se ha intensificado en torno a sectores de pequeña burguesía a partir de interpelaciones ideológicas de múltiple naturaleza: religiosa, patriótica, étnica, familiar, etcétera.

La reformulación de los antagonismos en la etapa abierta tras el derrocamiento de la dictadura explica la profundidad y el alcance desiguales de las contradicciones que motivaron la incorporación a la revolución de los distintos grupos y clases del bloque popular-nacional. Del mismo modo que para algunas fracciones de la burguesía lo determinante fue la corrupción o la *competencia desleal* del somocismo —no la necesidad de reestructuración total de la sociedad—, para ciertos elementos del semiproletariado urbano lo decisivo fueron las limitaciones, regulaciones, controles y la represión del Estado a algunas de sus prácticas sociales —y en esta medida constituyen una materia siempre disponible para el enfrentamiento con la autoridad establecida, cualquiera que sea su signo de clase. En amplios sectores del campesinado medio, en cambio, su agravio contra la dictadura se basaba más en los obstáculos para alcanzar condiciones empresariales de actividad —crédito, precios, acceso a mercados, tecnología, etcétera— que en la falta de tierras. Y así podrían mencionarse otros casos más. Esto significa que las políticas con que el nuevo poder impulsa las transformaciones revolucionarias tienen alcance diverso para los distintos componentes del bloque nacional-popular. Para unos, la cuestión democrática agota la revolución; para otros, constituye solamente una etapa de un proceso más profundo. E incluso la cuestión democrática misma es asumida con características diferentes por los distintos integrantes del bloque. Lo mismo puede decirse para las otras grandes tareas de las revoluciones sociales.

Pero al mismo tiempo que redefinición de antagonismos, el proceso

de transformación socioeconómica implica construcción de hegemonía. El desarrollo del proyecto revolucionario consolida la alianza obrero-popular y legitima la conducción de clase. Los instrumentos de política deben ser vistos, desde esta perspectiva, como productos de hegemonía: no sólo los instrumentos de política ideológica —por ejemplo, medios de comunicación, reformas educativas y similares— sino los instrumentos de la política económica también —en particular la política de ingresos.

En esto es de importancia fundamental el papel de la vanguardia. Así como el Estado revolucionario despliega la potencia extraeconómica que introduce las modificaciones iniciales en la estructura material de la sociedad —nacionalizaciones, reforma agraria, etcétera— y asume la gestión directa de áreas clave de la economía, la vanguardia orienta el sentido histórico del proceso en función del proyecto de clase, organiza las distintas fuerzas que participan del proceso y jerarquiza el tratamiento de la matriz de contradicciones en que el avance revolucionario se desenvuelve. Papel de significación tanto mayor cuanto la clase cuyo proyecto administra es una fracción reducida de la estructura social y no está totalmente diferenciada de los otros integrantes del bloque popular. La fuerza política comprometida en estas condiciones en el desarrollo del proyecto es mucho mayor y con un potencial de antagonismos también más intenso.

Pero la vanguardia no es una categoría estática ni un elemento ajeno al propio proceso que conduce. La evolución del proceso revolucionario hacia etapas más avanzadas introduce tensiones y modificaciones a veces profundas en la vanguardia. La paulatina precisión clasista del proyecto de transformación y las contradicciones que suscita y procesa no pasan al margen de la organización que conduce el proceso. La organización es un instrumento al servicio de un proyecto; a medida que la revolución transforma la realidad, transforma también a la organización u organizaciones que la dirigen.

En marzo de 1979, en vísperas de la insurrección final y luego de algunos meses de acción coordinada, las tres tendencias en que se hallaba dividido internamente el FSLN anunciaron su reunificación, y se constituyó la Dirección Nacional Conjunta del FSLN. Poco después de la victoria, la DNC se transformó en Dirección Nacional, como resultado de la solidez y el carácter definitivo de la reunificación: el FSLN era nuevamente una única organización. Antes de finalizar ese mismo año, una fracción del Partido Socialista de Nicaragua (PSN), que desde años atrás había roto con la conducción del PSN y venía colaborando estrechamente en la lucha sandinista, se integró plenamente al FSLN. Al mismo tiempo, el Frente comenzó a trabajar para estructurarse como partido. En septiembre de 1980 se llevó a cabo la

primera asamblea de cuadros y una profunda reorganización interna testimonió los avances realizados hasta entonces; en febrero de 1981 se efectuó la primera promoción de militantes. La progresiva introducción de disciplina partidaria, el desarrollo mismo del proceso revolucionario, así como la experiencia adquirida en estos años, han permitido la paulatina consolidación de la organización en términos populares y clasistas. Simultáneamente, grupos y elementos que se habían incorporado en función de proyectos de menor alcance fueron abandonando la organización, e incluso la revolución.<sup>9</sup>

#### IV

Estos elementos, enunciados de manera simplificada y muy sucinta, demuestran que la transición hacia nuevas formas de organización social es casi siempre un proceso no sólo difícil y complicado, sino también prolongado. Incluso a revoluciones explícitamente impulsadas por un proyecto socialista les llevó un tiempo considerablemente largo encontrar su vía definitiva. En esto, la Revolución cubana, con su rápida transición al socialismo, no constituye una experiencia generalizable para el resto de las revoluciones del Tercer Mundo. El desarrollo capitalista en el campo impulsó en Cuba un vasto proceso de proletarianización bajo el control del capital monopolista azucarero norteamericano y cubano, que creó condiciones objetivas para una rápida socialización en el campo; la fuerte gravitación monopolista extranjera en la industria y los servicios básicos puso tempranamente los medios fundamentales de producción y el gran comercio en manos del Estado (C. R. Rodríguez, 1979; J. Valdéz Paz, 1980). Pero éste no ha sido el caso de la Unión Soviética —donde la colectivización de la agricultura empezó recién a fines de la década de los años veinte después de atravesar todo el período de la Nueva Política Económica (NEP)— ni de China, de los países de Europa Central, ni de otros procesos revolucionarios del mundo en desarrollo (Bettelheim, 1976; Chumak, 1982; Horvath, 1974; Penkov, 1981; Tissier, 1979).

La revolución sandinista se inscribe en este segundo grupo. Las condiciones recibidas de la etapa prerrevolucionaria, el grado de diferenciación capitalista de su estructura socioeconómica, las condiciones internacionales en que debe desenvolverse, el peso de los

<sup>9</sup> Cf. el documentado estudio de Farber (1983) sobre esta cuestión en los primeros años de la Revolución cubana.

sectores de pequeña y mediana propiedad, así como el carácter policlassista del bloque de fuerzas en que el FSLN se apoyó en su lucha contra la dictadura, acuerdan un carácter prolongado a la etapa democrática y antioligárquica presente y postergan, o hacen más compleja, una definición *de clase* del proyecto político dominante más allá de su contenido popular.

El carácter de las alianzas que abonaron el ascenso revolucionario de 1977-1979 y la enorme destrucción provocada por la guerra de liberación llevaron a la adopción de un esquema de economía mixta como base material de la estrategia sandinista de unidad nacional. De acuerdo con el Programa de Gobierno de Reconstrucción Nacional (aprobado el 9 de julio de 1979) ese esquema tendrá vigencia para la etapa que el mismo programa denomina “período provisorio de reconstrucción nacional”. Guarda relación, por lo tanto, con la etapa presente de la revolución, más que con su horizonte. La extensión de esta etapa depende ciertamente de las tareas que se le asignan y del modo en que se encarán; como ya se ha señalado, esto a su vez está en función de las perspectivas de clase de las fuerzas que se integran al proceso en esta etapa y de su conducción hegemónica. No debe extrañar entonces que cada *avance* de la revolución sandinista sea denunciado por los grupos opositores como una *traición* al *verdadero programa* de la revolución (Vilas, 1984b).

Una discusión sobre el curso ulterior probable de la revolución sandinista excede en mucho el objeto de esta presentación; es conveniente sin embargo introducir algunos elementos que se relacionan directamente con nuestra exposición de las páginas anteriores. En estos primeros cinco años, la revolución ha impulsado, en primer lugar, un relativamente acelerado *desarrollo de las fuerzas productivas* materiales y humanas. Proyectos de inversión agroindustrial de gran magnitud dadas las dimensiones de la economía nicaragüense, importancia a la integración de los diferentes sectores de la economía, impulso a proyectos de procesamiento local de materias primas y otros insumos de origen nacional, así como incorporación de tecnología moderna de acuerdo con las características y necesidades del país se han combinado con el impulso a la formación y capacitación de fuerza de trabajo, cuadros técnicos, administrativos y profesionales para expandir las fuerzas productivas con que cuenta Nicaragua, mejorar sus condiciones de organización, elevar la eficiencia de su utilización y sus niveles de productividad.

Progresivamente se han ido desarrollando asimismo *relaciones de producción de nuevo tipo*. La confiscación de las empresas y otros activos del somocismo dio nacimiento al Área de Propiedad del Pueblo, que sin perjuicio de sus limitaciones actuales se presenta tenden-

cialmente como el eje dinámico del proyecto de transformación económica; la organización cooperativa de la pequeña producción agropecuaria ha recibido un impulso decidido; se han eliminado las modalidades más atrasadas de la producción rural y las distintas formas de renta en trabajo y en especie, y se está promoviendo un amplio proceso de modernización productiva.

La introducción de distintas modalidades de participación obrera en la administración de las empresas, el desarrollo de la organización sindical, el interés en la eficiencia laboral y en la productividad del trabajo, y el progresivo desarrollo de nuevos criterios de disciplina laboral están incorporando transformaciones importantes en el seno del *proceso de trabajo* (Vilas y Harris, 1984). La participación de la población —por medio de las organizaciones de masas— en la defensa, la producción, la salud colectiva, la educación, la protección del medio ambiente, etcétera, acuerda un clima de movilización intensa y permanente a todas las tareas que encara la revolución.

Al mismo tiempo, la vigencia del esquema de economía mixta plantea, en esta etapa, la cuestión de la reproducción del capital dentro del *proceso revolucionario*; por lo tanto, la reproducción del antagonismo fundamental —de clase— dentro de la unidad nacional. Hasta el momento, la revolución ha actuado al respecto con pragmatismo. Tolera la supervivencia de estas fracciones de la burguesía en la medida en que acepten la conducción del proceso global por el bloque popular expresado en el gobierno revolucionario y exige, como prueba de esa aceptación, el cumplimiento de las metas económicas y el repudio a la contrarrevolución. La expansión del sector estatizado de la economía, aparte de las propiedades del somocismo, se lleva a cabo, fundamentalmente, mediante nuevos proyectos de inversión, diversificando la economía, abriendo nuevos ámbitos para la acumulación social, más que por la vía de la nacionalización del capital privado.

Es sabido sin embargo que sólo elementos aislados de la burguesía han respondido a las expectativas depositadas en ella por la revolución. El comportamiento inversionista a la baja se ha generalizado, afectando las exportaciones y el consumo interno, comprometiendo las metas de rápida recuperación de la economía e incrementando el costo social de su cumplimiento para los trabajadores. El desplazamiento creciente del capital privado de la producción a la especulación, los problemas en el abastecimiento, el auge del mercado negro y el recrudescimiento de la inflación llaman la atención cada vez más acerca de las limitaciones de la economía mixta por cuanto implica reproducción de la burguesía. Su rápido desplazamiento hacia la oposición —e incluso hacia la contrarrevolución— cuestiona vivamente su efectivo compromiso con la unidad nacional.

Todos estos elementos, tan brevemente enunciados, sugieren que más pronto que tarde la revolución sandinista deberá avanzar en el sentido de su progresiva perfilación clasista. No sólo porque ello está ligado a la continuidad de las transformaciones estructurales y a la convicción de sus bases obreras y populares, sino porque de ello depende su propia sobrevivencia.

### Bibliografía

- Arce, B.: (1980), *El papel de las fuerzas motrices antes y después del triunfo*, Managua, Secretaría Nacional de Propaganda y Educación Política del FSLN.
- Babu, A. R. M.: (1981), *African Socialism or Socialist Africa?*, Londres, Zed Press.
- Báez, G.: (1980), Testimonio recogido en M. Randall, *Todas estamos despiertas*, México, Siglo XXI.
- Báez, G.: (1981), "Sobre la reforma agraria", en CIERA, *Testimonios sobre la Reforma Agraria*, Managua, CIERA.
- Baumeister, E.: (1984), "Estructuras productivas y reforma agraria en el proceso sandinista", en R. Harris y C. M. Vilas (eds.), *La revolución en Nicaragua*, en prensa.
- Bettelheim, Ch.: (1976), *Las luchas de clases en la URSS*, México, Siglo XXI.
- Cabarrús, C.: (1983), *Génesis de una revolución*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Cabezas, O.: (1982), *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, Managua, Editorial Nueva Nicaragua. [México, Siglo XXI.]
- Cabral, A.: (1975), *La descolonización del Africa portuguesa*, Buenos Aires, Ediciones Periferia.
- Castro, F.: (1981), *La historia me absolverá*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales. [México, Siglo XXI.]
- Coordinadora Democrática Revolucionaria (CDR): (1980), *Plataforma programática del Gobierno Democrático Revolucionario*, San Salvador, s.e.
- Chamorro, A.: (1983), "Estado y hegemonía durante el somocismo", en A. Lanuza et al., *Economía y sociedad en la construcción del estado en Nicaragua*, San José, ICAP.

- Chamorro, E.: (1983), *Autobiografía*, Managua, s. e.
- Chumak, A.: (1982), *La construcción del socialismo y la pequeña burguesía*, Moscú, Editorial Progreso.
- Cruz Díaz, R.: (1982), *Chicharrones, la sierra chiquita*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Dierckxsens, W.: (1981), *Política y población*, San José, EDUCA.
- Fanon, F.: (1964), *Los condenados de la tierra*, México, FCE.
- Farber, S.: (1983), "The Cuban Communists in the Early Stages of the Cuban Revolution: Revolutionaries or Reformists?", en *Latin American Research Review*, vol. XVIII, núm. 1.
- Gramsci, A.: (1977), *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Roma, Riuniti.
- Gutiérrez M., G.: (1978), "El reformismo artesanal en el movimiento obrero nicaragüense", en *Revista del Pensamiento Centroamericano*, núm., 159, abril-junio.
- Horvath, B.: (1974), *Socialismo y economía en Yugoslavia*, Buenos Aires, Ediciones Periferia.
- Instituto Histórico Centroamericano (IHCA): (1979), *Fe cristiana y Revolución Sandinista en Nicaragua*, Managua, IHCA.
- Laclau, E.: (1978), *Política e ideología en la teoría marxista*, México, Siglo XXI.
- Marx, K.: (1982), *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Moscú, Editorial Progreso.
- Moore, B.: (1966), *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press.
- Núñez, C.: (1980), *Un pueblo en armas*, Managua, Secretaría Nacional de Propaganda y Educación Política del FSLN.
- Núñez, O.: (1980), "La tercera fuerza social en los movimientos de liberación nacional", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, núm. 27, septiembre-diciembre.
- Organización Internacional del Trabajo: (1982), *Anuario de estadísticas laborales*, Ginebra, OIT.
- Ortega, D.: (1984), *Discurso del Comandante de la Revolución Daniel Ortega Saavedra, Coordinador de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional en la Sesión Solemne de la Instauración de la Quinta Legislatura del Consejo de Estado*, Managua, Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional.
- Partido Comunista de El Salvador (PCS): (1980), "Fundamentos y tesis de la línea general del PCS", en *Fundamentos y Perspectivas*, núm. 3, junio.
- Pasos, M.: (1977), "Grado de desarrollo de conciencia de clase sindical de un grupo de obreros de Managua", Managua, Universidad Centroamericana, Escuela de Sociología, mimeo.



- Quintero R., A.: (1978), "Socialista y tabaquero: La proletarización de los artesanos", en *Revista Sin Nombre*, vol. VIII, núm. 4, marzo.
- Rodríguez, C. R.: (1979), *Cuba en el tránsito al socialismo*, La Habana, Editora Política. [México, Siglo XXI.]
- Samaniego, C.: (1980), "Movimiento campesino o lucha del proletariado rural en El Salvador", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, núm. 25, enero-abril.
- Santos, R. y L. Herrera: (1979), *Del artesano al obrero fabril*, San José, Editorial Porvenir.
- Téfel, R.: (1978), *El infierno de los pobres*, Managua, El Pez y la Serpiente.
- Thompson, E. P.: (1979), *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Editora Crítica.
- Tissier, P.: (1979), *China. Transformaciones rurales y desarrollo socialista*, México, Siglo XXI.
- Valdez Paz, J.: (1980), "Notas sobre la socialización de la propiedad en Cuba", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, núm. 27, septiembre-diciembre.
- Vilas, C. M.: (1983a), "Nicaragua: Una transición diferente", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLV, núm. 3, julio-septiembre.
- Vilas, C. M.: (1983b), *El sujeto social de la insurrección popular y el carácter de la revolución sandinista*. Presentado en el XV Congreso Latinoamericano de Sociología, Managua, octubre.
- Vilas, C. M.: (1984a), *Perfiles de la Revolución Sandinista*, Buenos Aires, en prensa.
- Vilas, C. M.: (1984b), "Unidad nacional y contradicciones sociales en una economía mixta: Nicaragua, 1979-1984", en R. Harris y C. M. Vilas (eds.), *La revolución en Nicaragua*, México, en prensa.
- Vilas, C. M. y R. Harris: (1984), "Liberación nacional, democracia popular y transición al socialismo", en R. Harris y C. M. Vilas, *La revolución en Nicaragua*, México, en prensa.
- Wheelock, J.: (1983), *El gran desafío*, Managua, Editorial Nueva Nicaragua.